

EL GATO

Los ojos amarillos no dejaban de mirarlo. El gato seguía allí, observando desde el sillón del comedor, mientras él trataba de abrir el aparador con el menor ruido posible. Sabía que su abuela guardaba las monedas de los vueltos en su canasto de costura. Necesitaba el dinero. No podía permitir que perdieran la revancha porque él no tenía la plata para viajar hasta la canchita.

—Sin vos, nos van a hacer puré.

Y sintió como el rojo subía precipitado por su cuerpo y estallaba con furia en la cara, ante las miradas derrotadas de los otros.

—Voy a ir.

Y decidió tomar por asalto el costurero de la abuela. La plata no sobraba en ningún lado, pero ya se las arreglaría para devolverlo. Don Julio siempre andaba necesitando otro pibe para el reparto.

Lo que ya no soportaba era la mirada penetrante del gato. Parecía interrogarlo. No iba a darle explicaciones. ¡Qué podía entender un gato! Además, no le gustaban los gatos, cosas de piel. Con el Manchado era distinto. Eran inseparables. En las largas caminatas que compartían hasta el baldío detrás de las vías, era el único que escuchaba sus pensamientos, entretanto iba y venía trayendo el palo, que una y otra vez él le lanzaba. El perro sabía muy bien que la distracción en el juego solo

significaba problemas. Y esa tarde, después de correr por una pelota un par de veces, terminó restregando el hocico contra su pierna y, finalmente, tendido a su lado, con la cabeza sobre sus pies, mientras él miraba las nubes sin descifrar las figuras que le proponían.





Cuando ya había logrado abrir la puerta del aparador, el gato saltó como un resorte y se trepó a la repisa del cristalero. Por la sorpresa, perdió el equilibrio y un par de canastos rodaron por el suelo. Esperó inmóvil algún sonido que delatara la siesta interrumpida de la abuela. Silencio. Sacó el costurero y lo abrió: había lo suficiente. Metió las monedas en el bolsillo superior de su camisa y guardó el resto, con el tiempo preciso antes de que ella apareciera.

—Felipe, ¿qué hacés tan temprano?

—Me aburría y vine —improvisó la mentira—. Pero me voy. Hoy jugamos la revancha.

—¿Necesitás plata para el colectivo? —lo desarmó la abuela.

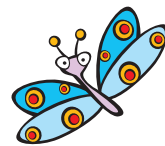
—No, no. —respondió apurado por alcanzar la puerta. Pero el gato fue más rápido.

Saltó como flecha y se enredó entre sus piernas. Felipe cayó de frente contra el piso y las monedas rodaron sobre la madera.

Al levantar la vista, su mirada chocó con la del gato, que en ese momento, de enigmática había pasado a ser justiciera.

Pamela Archanco

EL GATO



Antes de escuchar el cuento

Converse con los chicos acerca de los perros y los gatos. Cuál prefieren como mascota, por qué. A continuación escuchan el cuento.

Luego de escuchar el cuento



Converse con los chicos acerca de las características del gato de la historia. Puede comenzar haciendo preguntas. Por ejemplo:

- ¿Por qué el perro del cuento tendrá nombre y el gato, no?
- ¿Por qué Felipe piensa que el gato lo vigila?
- ¿El gato habrá saltado a propósito?

Pregunte a los chicos si conocen otros cuentos, películas o dibujos animados donde aparecen gatos. Converse con ellos acerca de las características de estos y pida que los comparen. Relacione las respuestas con lo que ellos dijeron sobre estos animales antes de escuchar el cuento.

Por último, entregue las fotocopias del cuento y solicite que doblen las páginas por la línea de puntos. Indique que, en clase o en casa, unan las páginas con ganchitos o con hilo y aguja para que parezca un libro.

Solicite que ilustren la tapa y escriban el título del cuento y el nombre de la autora. Ya pueden pegarlo en el cuaderno.

En www.educared.org.ar podrá encontrar otros textos de Pamela Archanco para leer en la clase.

